

# La epopeya de la clausura

## Paul de Saint-Victor

Christopher Domínguez Michael

I. 1848

Paul de Saint-Victor (1825-1881) ha ido desapareciendo de las historias de la literatura francesa y su nombre sólo aparece de tarde en tarde, casualmente, en las biografías de Flaubert y de Lamartine. Sobre el propio Alphonse de Lamartine, de quien Saint-Victor fue secretario en el año crucial de 1848, ha ido cayendo una capa de polvo. Hombre sin suerte, poeta que intuyó que había que salvar a los románticos del romanticismo y a la república de los republicanos, Lamartine, propietario de viñedos, pese a los nobles esfuerzos que hizo por aparentar hidalguía en el porte, vivió y murió en el filo de la bancarrota. En 1847 había aparecido su *Historia de los girondinos*, un éxito de librería que casi inmediatamente fue arrojado del parnaso historiográfico por las historias de la revolución francesa firmadas por Louis Blanc y por Jules Michelet, más interesantes y rigurosas, además de exactas. A estos tres historiadores tocaría, empero, vivir su propia revolución, la que en 1848 derrocó con la Monarquía de Julio y restauró, durante tres años, a la República. Queda el estilo grandilocuente, ampuloso y tribunalicio de la *Historia de los girondinos*, que nutrió, no sólo en Francia sino en todo el mundo latino, a toda la oratoria republicana. No hubo joven aspirante al oficio liberal de político ni experimentado demagogo que, durante todo el siglo XIX, no se supiese de memoria su Lamartine.

En todas las instantáneas históricas de Lamartine, durante 1848, aparece el fiel Saint-Victor poniendo orden en el despacho atiborrado de papeles del prócer y rompiéndole el corazón a una de sus sobrinas. Acompañándolo en un ministerio en el gobierno provisional y, poco después, en su fallida candidatura a la presidencia, que le



Paul de Saint-Victor

ganó Luis Napoleón, presidente-emperador y más tarde, tras el golpe de 1851, emperador a secas. Al joven Saint-Victor, que venía de una familia legitimista y católica, le daban más o menos igual la política y sus mudanzas: lo que deseaba, como los héroes balzaquianos de los que llegaría a hablar tan mal, era ganarse una posición.

Saint-Victor vivió aquellos años de formación dividiendo lealtades entre el mesurado y probo Lamartine, que soñaba con una política racional y un diablo, Jules Barbey d'Aurevilly, el ultramontano que inventó lo que después sería el decadentismo católico y sus transgresiones. Para algunos entre los devotos (no de Barbey sino del catolicismo), el autor de *Las diabólicas* (1867) no fue sino un libertino que se protege con una cruz. En fin, lo que importa saber es que inició a Saint-Victor, ante el horror de Lamartine, en los secretos de la camaradería: los del romanticismo, del hada verde (el ajeno) y del *boulevard* y sus mujerzuelas. La historia de ese triángulo la cuenta Bernard d'Harcourt en *Lamartine, Barbey d'Aurevilly et Paul de Saint-Victor en 1848* (1948).

Hijo del conde de Saint-Victor (Jacques Binsse, 1772-1858), un prolífico poeta, he-lenista y autor de un tratado sobre la imaginación, Paul se educó entre la bibliografía de su padre: la traducción de Anacreonte que le valió el elogio de Sainte-Beuve, *Le voyage du poète* dedicado a Méhul y un par de óperas cómicas estrenadas ya en tiempos de Napoleón, que lo tomará preso en 1813. Legitimista, el viejo Saint-Victor había nacido en Santo Domingo y durante el Terror fue valiente y hasta osado. Durante la Restauración abrió una librería católica con el abate de Lamennais y hubo de ver con resignación que su hijo acabase por servir al republicano Lamartine y a Napoleón III.

La primera fama de Saint-Victor fue la de ser uno de los principales críticos teatrales de su tiempo. Es muy arriesgado juzgar sus crónicas: nada nos es tan ajeno como aquel teatro costumbrista y mundano que hicieron, tras el cordonazo romántico de 1830, Dumas hijo, Émile Augier o Eugène Labiche. Pero lo que Saint-Victor buscaba, en cada obra que miraba y en todo libro leído, eran pretextos para hablar de Homero y de las historias del mundo antiguo, de Nerón a los gitanos, temas a los que dedicó *Hombres y dioses* (1867), en su día célebre obra de divulgación cuyo inalterado encanto es contarle todo con la convicción de quien le cuenta leyendas a los niños. Saint-Victor pensaba, en un rasgo intelectual más germánico que francés, que el romanticismo era, antes que una resurrección de la Edad Media, el diálogo con la Grecia clásica.

La gran historia del teatro que de Saint-Victor se publicó póstumamente se titula *Las dos carátulas* (1883) y va de los trágicos a Beaumarchais. De esta obra de amena erudición pueden separarse un número su-

ficiente de fragmentos que son, como los párrafos dedicados a La Gioconda, de Walter Pater, magníficos poemas en prosa. Veánse como prueba las siguientes líneas sobre Aristófanes y *Las nubes*:

Las nubes son las fantasmagorías del éter, como las paradojas son el humo del ingenio. Pero la poesía la hace sobreponerse prontamente a la parodia. Aristófanes marchaba a aletazos; las mutaciones visibles desde su pensamiento son tan repentinas como las de su escena. Desde el momento en que las nubes aparecen, su tono cambia y su fe se despierta. Se siente en presencia de uno de esos poderes naturales que el genio griego expresaba mediante personas y existencias divinas. En vez de las larvas gesticulantes que le inspiraban burlas poco ha, ve nobles diosas y adora en ellas a las nodrizas de la tierra y a las madres de las aguas...<sup>1</sup>

## II. 1870

El dominio de Paul de Saint-Victor sobre la vida literaria y el teatro francés llegó a ser tan persuasivo que sorprende saber que era él y no Sainte-Beuve (1804-1869) quien merecía el cursilón y rotundo título de “príncipe de los críticos”. Y las pocas imágenes vívidas que tenemos de ese príncipe desterrado por el olvido son aquellas que dibujaron de manera fraterna, ácida y especiosa los hermanos Edmond y Jules de Goncourt en su *Diario*.

A Saint-Victor los Goncourt llegaron a adorarlo como la más deslumbrante de las inteligencias de Francia. En abril de 1857, le dan la bienvenida como personaje del *Diario*, destacando al joven pagano que, educado en Roma, aparece impulsado por el furor de quien escapa de los jesuitas y siempre tiene un nuevo epíteto que ofrecer en las conversaciones. En 1860 lo encontramos viajando con los Goncourt por las pinacotecas de Múnich y meses después será admitido en las comidas presididas por Gustave Flaubert en el restaurante Magny, donde figurará en compañía de Ernest Re-

nan, Alphonse Daudet, Hyppolite Taine e Ivan Turgueniev, discutiendo, por ejemplo, si *Madame Bovary* debía o no debía llevarse a las tablas.

De aquellos días felices es el siguiente retrato que de Saint-Victor hacen los Goncourt:

Siempre encantador, espiritual, chispeante, estallando en coloridas metáforas... Un espíritu alimentado por lecturas inmensas y extendidas, por una memoria de folletinista enciclopédico... Espíritu de pintor escasamente crítico, con una conciencia poco masculina y poco personal... Aunque lleno de respeto por lo humano, es un hombre de un gusto ordenado pero soso —una suerte de girondino en materia de arte.<sup>2</sup>

Aquellos escrúpulos consignados por los Goncourt se irán apoderando, con los años, del retrato. Es natural que así suceda: tratándose de nuestros amigos, el tiempo convierte a las virtudes en marcas genéticas o en cualidades inmanentes, mientras que los defectos nos parecen obra de la voluntad manifiesta de irritarnos. Tan pronto como en 1862, los Goncourt ya encuentran en Saint-Victor, pese a seguirle reconociendo opiniones amables y finas, una persona —crítico al fin y al cabo— incapaz de tener una opinión propia o alguna idea que no haya sido previamente impresa o profesada por alguien antes que él.

El 11 de julio de 1881, enterado de la muerte de Saint-Victor, ocurrida dos días antes, Edmond de Goncourt —pues su propio hermano Jules había muerto en 1870— anota desganadamente:

Yo estaba malquistado con él y nunca tuve la menor estima por su carácter, pero fue mi compañero de letras a lo largo de tantos años...<sup>3</sup>

Los sucesos públicos capitales en la vida de Saint-Victor, como para la mayoría de

<sup>2</sup> Edmond y Jules de Goncourt, *Journal. Mémoires de la vie littéraire*, I, Laffont, Paris, pp. 732-733. Por otro lado, ¿cómo no iba a ser girondino el antiguo secretario de Lamartine? A los Goncourt les contaba Saint-Victor que Lamartine no leía otra cosa que no fuera Gibbon o la correspondencia de Voltaire.

<sup>3</sup> *Ibidem*, II, p. 901.

los franceses de su generación, ocurrieron, en rápida sucesión, entre julio de 1870 y mayo de 1871, de la declaración de guerra a Prusia a la capitulación de Napoleón III, del bombardeo de la capital francesa a la proclamación de la República y el aplastamiento de la Comuna de París. Como tantos de sus colegas, Saint-Victor fue un ardiente nacionalista y un rabioso enemigo de los comuneros, un periodista ansioso de purgar a los prudentes, a los pusilánimes y a los vacilantes, a todo ellos a quienes, “el cosmopolitismo les había podrido el corazón”.

En 1872 publicó *Barbares et bandits. La Prusse et la Commune*, una colección de artículos que son poco tolerables por la impudicia de un lenguaje xenófobo y racista que en nuestros días hemos perdido la costumbre de leer como parte de la literatura. Como en el escalofriante libro de Léon Bloy, *Sueur de sang*, amparado al menos en el genio maligno de su autor, en sus libelos Saint-Victor relaciona a los prusianos, el enemigo exterior con los comuneros, la quinta columna, organizadores de una orgía roja dirigida por la botella, “el principal instrumento de gobierno de la Comuna”.

Saint-Victor es buen ejemplo de cómo los literatos decimonónicos dejaron muy bien preparada la escena para que se posesionase de ella el espíritu de barbarie del siglo XX. Y creo que, en su caso, su rápida desaparición de la historia literaria tuvo que ver, además que con la debilidad intrínseca al periodismo literario, con su fama de pandillero en la debacle de 1870-1871. A diferencia de otros implicados, como el viejo Flaubert y el joven Zola, Saint-Victor no tenía una obra literaria más o menos impercedera ni una reputación moral por conquistar que lo defendiese de la reprobación de la posteridad.

Quedémosnos, finalmente, con una viñeta de Saint-Victor y de sus maestros los Goncourt, tal como fue consignada en el *Diario*, a su manera una peculiar obra de grupo, el 22 de octubre de 1866. Edmond y Jules eran “hipermodernos” (lo cual los convierte en nuestros bisabuelos posmodernos) y juraban por el siglo XVIII como la única antigüedad tolerable y por Voltaire como el único dios cuyo nombre valía la pena pronunciar. Y en ese trance provocaban a Saint-Victor denostando a Homero

<sup>1</sup> Paul de Saint-Victor, *Las dos cárpatas*, IV, El Ombú, Buenos Aires, 1933, p. 63.

y a los trágicos por anticuados y obsoletos, provocación que “el último de los griegos”, el joven y solemne crítico se tomaba muy a pecho, él, talentosísimo, sentado a la mesa de los inmortales, de la cual fue despedido en un abrir y cerrar de ojos.

### III. DESENLACE

El olvido fue cayendo sobre Paul de Saint-Victor tan pronto murió el crítico francés en 1881. Pero al leer *Paul de Saint-Victor* (1937), de Charles Beuchat, otro de los escasos estudios biográficos dedicados a Saint-Victor, es posible ponderar su lugar en el pequeño drama de la crítica literaria. De la mano de Théophile Gautier, uno de sus maestros y con quien firmó *Dieux et demi-dieux de la peinture* (1863), Saint-Victor perteneció a la primera generación de escritores que conciliaron, en el periodismo, a la filología y a la erudición. Sainte-Beuve, sin duda, lo había precedido en ese dominio. Y así como Sainte-Beuve nunca escribió un tratado histórico semejante al *Port-Royal*, de Sainte-Beuve, éste careció de la simpatía que entre el público suscitaba aquél, un verdadero divulgador cuyos artículos, fuesen sobre Esquilo o sobre Shakespeare, aspiraban a ser páginas en el periódico que se convertían en páginas de libro: la crítica efímera transformada en la crítica perdurable.

En la víspera de su muerte, Saint-Victor fracasó en su empeño de entrar en la Academia Francesa y en su lugar fue electo Maxime Du Camp, el amigo de Flaubert. Pese a haber sido director de Bellas Artes en la primera década del Segundo Imperio, Saint-Victor debió de atribuir el rechazo académico no sólo a las falsas sonrisas que rodean, proverbialmente, al crítico, sino al escaso prestigio y a la dudosa reputación que nimbaban al escritor que ejercía como periodista. Aunque adulado con piropos como aquel que lo presentaba como “el don Juan de la frase”, en Saint-Victor aparece ya del todo formulada la inseguridad profesional y la vanidad herida propia del oficio. El crítico no puede detenerse, dice Saint-Victor: lo espera, hambrienta, la imprenta. Víctima de la tiranía del artículo semanal e impedido de estudiar con detenimiento

las nuevas obras, el crítico sufre al desprenderse de sus textos y lanzar al público lo que no puede ser sino imperfecto.

Esa resignación aparece en Saint-Victor aliada al otro polo, aquél que le exige al crítico no resignarse a sentenciar a los autores, a darles tormento y a enterrarlos. Ni siquiera debe bastarle con la inscripción en piedra de los epitafios. El crítico deberá ser artista, como lo pedirá algunos años después, predicando con el ejemplo, Oscar Wilde y por ello, la publicación de *Hombres y dioses* (1867), que no es otra cosa que una recopilación de artículos, suscita en Saint-Victor tantas dudas. Esos requiebros acabarán por volverse banales: guste o no guste, la mayoría de los críticos (de literatura pero también de teatro, de música, de pintura) recopilan sus crónicas, reseñas y retratos. El elogio que un Saint-Victor habrá agradecido más debió de ser aquél de Victor Hugo, augurando que el crítico debe realizarse al escribir “el poema del poema”, idea que un siglo después, también en Francia, cautivará al estructuralismo: sólo hay textos y sólo hay interpretaciones.

Saint-Victor sueña con escenificar aquel episodio fabuloso contado por George Sand, en el cual Chopin, tocando con aplicación y esmero una partitura de Mozart, “deja salir a su genio” y de pronto improvisa con lo propio y Chopin se vuelve Chopin. El destino de Saint-Victor fue otro, como sabemos y en su desaparición de la historia literaria se cumple, *in extremis*, el vaticinio del crítico alemán Marcel Reich-Ranicki, de que el buen crítico, a costa de su vanidad (y de su posteridad) debe resignarse a escribir para sus contemporáneos, sin pensar ni un momento en el juicio o en la opinión de las generaciones venideras. Sólo esa convicción impide, concluye Reich-Ranicki, que esas páginas pierdan su color.

Pocos méritos póstumos se le reconocen a Saint-Victor, según deduzco del libro de Beuchat y entre ellos está haber convidado a cenar a Baudelaire en el Café Riche, personaje impresentable con su “toilette de guillotina”, es decir, con el cuello al aire, como un estibador. Eso en 1857, en el año del escándalo por *Las flores del mal*. Antes, en 1850, Saint-Victor se contó, gracias al contagioso entusiasmo de Barbey d'Aurevilly, su protector, entre los adelantados en



el culto de Stendhal, el novelista que, como es sabido, profetizó que su siglo sería el siglo xx. En una carta a una mujer admirada cuyo nombre se guardó el tiempo, Saint-Victor la impelía a dejarse amar, si no por él, a menos por Stendhal:

Si Stendhal te deja fría o indiferente, no me lo digas: ofenderías el fanatismo sombríamente entusiasta que le consagro a esa temible esfinge. *La cartuja de Parma* y *Rojo y negro* son los brebajes supremos donde se sacian mi sed y mi fiebre. Bebo en esas copas de bronce la poción estoica que hace, a la vez, vivir y morir...<sup>4</sup>

El énfasis proviene de un escritor que sólo fue romántico por casualidad y al final parece lógico que Saint-Victor haya encontrado su modesto lugar entre los stendhalianos. Su obra crítica es ordenada y geométrica, el mundo de los griegos sometido al imperio del racionalismo y si Saint-Victor, como lo dijo despreocupadamente Taine en su memoria, no pertenece a la historia, al menos a él le pertenece la historia. **U**

<sup>4</sup> Charles Beuchat, *Paul de Saint-Victor*, Perrin, Paris, 1937, pp. 37-38.

Este ensayo forma parte de *El XIX en el XXI*, recopilación de los textos de Christopher Domínguez Michael que Sexto Piso publicará próximamente en México y en España.